

La CDC: un club sin amigos

Imogen Mark Periodista inglesa. Directora de Latin American Newsletters. Ha escrito diversos ensayos sobre América Latina.

La convulsionada región de América Central está bendecida por un exceso: la abundancia de gente entregada a la labor de pacificarla. Las propuestas de paz, ofertas de mediación entre naciones en conflicto como es el caso de Honduras o Nicaragua o facciones en enfrentamiento, como el gobierno, las guerrillas y el resto de la oposición en El Salvador, son abundantes. Proceden de México, de Panamá, de Honduras, de Nicaragua.

Las características de los planes encajan, sin embargo, en dos categorías diferentes, cada una con un perfil reconocible en su concepción de la paz y en cómo lograrla. Los dos enfoques se originan en los dos centros de poder que compiten por la región: Washington y Ciudad de México. En diferentes oportunidades, otros gobiernos de la región han estado más cerca de uno u otro centro, y ambos bandos han bregado activamente tratando de formar un grupo regional para sustentar su propio punto de vista.

Reagan pierde credibilidad

México y Estados Unidos comparten la convicción de que el camino hacia un acuerdo global de paz en la zona pasa obligatoriamente por La Habana. En la búsqueda de este acuerdo los mexicanos han tratado activamente de promover el diálogo entre los miembros de alto nivel de ambos gobiernos. El exsecretario de Estado, Alexander Haig, se entrevistó a comienzos del año pasado secretamente con el ministro del Exterior de Cuba, Carlos Rafael Rodríguez, pero el encuentro fue poco fructífero. Mientras Estados Unidos intenta confinar a Cuba dentro de los límites de su pequeño territorio, fuera de África y fuera, como se piensa, de América Central, los mexicanos tanto el expresidente López Portillo como su sucesor Miguel de la Madrid quieren encontrar una base para lograr una detente que podría reconocer que tanto Cuba como Nicaragua son integrantes de la región más que parte de Europa del Este, como Estados Unidos parece creerlo. La integración política de Nicaragua en la región es crucial, y la influencia de Cuba sobre los nicaragüenses es importante, según la opinión de México, para ayudar a los sandinistas a mantener su dirección y su lugar en el contexto político de la región. México cree que la influencia de Cuba y Nicaragua es importante, en cambio, para conducir a las fuerzas de oposición salvadoreñas a la mesa de negociaciones.

México y Estados Unidos también coinciden en la creencia de que la Cuenca del Caribe requiere asistencia económica, si es que va a emerger de sus problemas, como Estados Unidos piensa que debe ser. Inicialmente la administración Reagan intentó formar un grupo regional de poder junto a Canadá, México y Venezuela, para coordinar la ayuda económica en el área. Los Estados beneficiarios deberían asimismo haber formado un solo bloque a través del cual canalizar la ayuda. Pero la ingenuidad de la administración Reagan un punto de vista de guerra fría sobre los conflictos sociales y políticos de América Central chocó tan profundamente con la posición de México y con el punto de vista del Canadá, que a pesar de que se formó un grupo regional de consulta de cuatro naciones el llamado Grupo Nassau al que se agregó más tarde Colombia, no pudo ejercer jamás una función útil a la región. Los Estados Unidos siguieron su propio camino, abandonando así al gobierno venezolano del presidente Herrera Campiñs, que ha seguido una política ambivalente hacia Nicaragua y tenía estrechos lazos personales y de partido con la democracia cristiana en el gobierno salvadoreño.

La posición de Venezuela cambió cualitativamente, sin embargo, en el curso de 1982. La imagen que había empezado a adquirir como gendarme de los Estados Unidos en el Caribe le estaba acarreado desprestigio tanto dentro como fuera del país. El fracaso del partido demócrata cristiano de El Salvador para continuar en el gobierno, después de las elecciones de marzo, removió el compromiso cada vez menos confortable del presidente Herrera hacia el experimento reformista que se descreditaba en forma progresiva. La reacción de Estados Unidos ante la invasión británica de un territorio de América Latina después de la ocupación argentina a las islas Malvinas, fue el catalizador final. El sentimiento popular en Venezuela afloró intensamente en contra de Gran Bretaña y a favor de Argentina; la decisión de Estados Unidos de ponerse al lado de Gran Bretaña contra América Latina, dio vuelta a la opinión pública fuertemente en contra de Washington. El gobierno venezolano tomó claramente partido a favor de la unidad de América Latina y empezó a hacer cautelosamente proposiciones a La Habana para mejorar las relaciones altamente deterioradas. El presidente decidió solicitar su ingreso como miembro activo al Movimiento de los No Alineados como una demostración final de disgusto con los Estados Unidos, y también de su intención de seguir una política internacional más independiente.

No sólo en Venezuela, sino también en otras zonas de la región Estados Unidos sufrió una pérdida considerable de credibilidad como resultado de su apoyo al gobierno británico contra Argentina y el resto de la región en el conflicto de las Malvinas. En América Central hubo oposición públicamente expresada de parte de Costa Rica y Panamá hacia la posición de Estados Unidos. En Venezuela el conflicto llegó a crear histeria. Como resultado de esto, cualquier alianza abierta e incondicional con Washington en materia de política internacional ha pasado a ser casi inaceptable en la región.

El nuevo gobierno colombiano de Belisario Betancurt ha solicitado también su ingreso al Movimiento de los No Alineados, como una demostración formal de su intención de distanciarse de Washington.

La imagen de Washington en la región se vio nuevamente afectada con el derrumbe virtual de la tan jactanciosa iniciativa de Reagan en la Cuenca del Caribe. Del programa de ayuda, comercio e inversión para América Central y El Caribe excluyendo a Cuba, Nicaragua y Granada solamente el de ayuda ganó de lejos la aprobación del Congreso de los Estados Unidos, contra el veto del propio presidente que consideró que los 350 millones de dólares comprometidos aquí implicaban una serie de reducciones al presupuesto de defensa y aumentaban los gastos de seguridad social y beneficencia, algo inaceptable para él. El programa de comercio contemplado en la iniciativa, que otorgaba franquicias especiales de exportación de naciones de la Cuenca del Caribe a Estados Unidos, está plagada de excepciones y condiciones especiales. Aún así el programa tiene opositores muy activos, como por ejemplo los productores de azúcar de los Estados Unidos, y la mayoría de los analistas en Washington cree que no será aprobado, y si lo es estará tan mutilado que reportará pocos beneficios. Asimismo las proposiciones para realizar inversiones ventajosas favorecerán casi con seguridad a las grandes corporaciones estadounidenses y no apoyarán el desarrollo de empresas locales.

¿Aliados tácticos o estratégicos de EE.UU.?

Son razones económicas más que ideológicas las que han llevado a muchas naciones centroamericanas a ver los problemas políticos de la región con la perspectiva de Washington y aliarse así en contra de Nicaragua. Los costarricenses son el mejor ejemplo. Una de las primeras cosas que hizo el presidente socialdemócrata Luis Alberto Monge después de asumir el cargo en mayo, fue visitar Washington con un gran pliego de peticiones. Hasta la prensa favorable al gobierno criticó esta actitud de Costa Rica, ya que lo vieron como una excesiva humillación ante Washington¹. Pocas semanas después de esta visita se produjo una acción de franca provocación en contra de Nicaragua: las fuerzas del gobierno arrestaron, habrían golpeado y luego expulsaron a dos diplomáticos nicaragüenses acusándolos de cargos, nunca probados, de actividad terrorista.

A Washington y a sus aliados les encantaría expulsar a Nicaragua de las mesas de conferencia de la región, ya sea militar o económicamente. La idea global es, en el mejor de los casos, aislar y cortar la influencia de Cuba y Nicaragua en América Central y el Caribe. En el peor de los casos, algunos grupos comprometidos es el establecimiento de políticas en Estados Unidos querrían desestabilizar y eventualmente derrocar a la Junta Sandinista de Nicaragua. Los planes aprobados por la administración Reagan en 1981 para realizar una clásica operación de

¹ "Nosotros no tenemos que vender el alma al diablo" fue el título de un editorial sobre la gira del presidente en el segundo periódico en importancia nacional, La República. Junio, 1982.

desestabilización en contra del gobierno sandinista recibió amplia cobertura en los medios de comunicación de Estados Unidos². El plan incluía un financiamiento de 19 millones de dólares a grupos de oposición en Nicaragua y proveer asistencia y consejos militares, en algunos casos a través de otros países como Argentina, a los grupos armados de partidarios del expresidente de ese país, Somoza, que se encuentran acantonados en campos cerca de la frontera con Honduras. La salida de los comunistas del gobierno nicaragüense y el establecimiento de un régimen más favorable hacia Estados Unidos es considerado esencial por la Casa Blanca para lograr la paz en la región.

Según las informaciones, Argentina, Colombia, Chile y Venezuela mantuvieron consejeros militares en Honduras a comienzos del año pasado. Los reportes de prensa³ sugerían que algunos de los asesores argentinos todavía estaban allí en septiembre a pesar de la relativa mejoría en las relaciones entre Managua y Buenos Aires, a raíz del conflicto de las Malvinas. Obviamente, este tipo de actividades tiene que ser confidencial y los gobiernos democráticos no se muestran muy entusiasmados por verse públicamente asociados con actividades desestabilizadoras en contra de otros regímenes.

Sin embargo, ellos no tienen problemas para asociarse a grupos que forman parte de la política utilizada por Estados Unidos para aislar a Nicaragua. La Comunidad Democrática Centroamericana (CDC) era uno de estos grupos.

CDC: una flecha contra el corazón de Nicaragua

La Comunidad se formó recién en enero de 1982, y sus miembros fundadores fueron el gobierno de Carazo de Costa Rica, el entonces recién elegido régimen de Suazo Córdoba en Honduras y el gobierno en pie de guerra de la democracia cristiana de El Salvador, encabezado por José Napoleón Duarte. Sus planteamientos fueron cuestionados desde el comienzo. El presidente Royo de Panamá señaló que se trataba de una flecha dirigida contra el corazón mismo de Nicaragua, y rehusó integrarse a la Comunidad.

El gobierno sandinista de Managua adoptó la misma posición, aunque aún no habían sido invitados a participar. Opinaban que la función prioritaria del nuevo grupo era proporcionar las bases para una colaboración entre los Departamentos de Inteligencia de las Fuerzas de Seguridad de los países participantes. Los principios de la comunidad establecidos en la primera declaración incluían un compromiso de ayuda mutua y de solidaridad en el caso de agresión externa, y afirmaba la intención de sus miembros de promover el intercambio de inteligencia entre sus fuerzas de seguridad.

² Información de Latin America Regional Report sobre México y América Central, Londres. Septiembre 1982.

³ Resumen del Departamento de Estado reproducido en toda su extensión en Latin America Weekly Report. Londres. Agosto 1982.

Otra de las ideas de la Comunidad era presionar para la celebración de elecciones a través de la región y la garantía para el proceso democrático. Nuevamente el ataque se dirigía claramente en contra de los sandinistas en Nicaragua, a quienes se habían comprometido en principio a celebrar elecciones en 1985 que podrían no ser exactamente comicios pluralistas para la elección de un gobierno, sino algo más parecido al modelo cubano, de elecciones para una "Asamblea del Pueblo". Una segunda intención en el establecimiento de la Comunidad era servir de soporte al precario experimento salvadoreño con una dudosa forma de democracia, para la celebración de una asamblea constitucional en marzo, de la que serán excluidas todas las fuerzas de oposición, ya sea por su abierta prohibición o por las propias condiciones en que se efectuarían los comicios, que harían imposible para cualquier partido que no fuera de derecha realizar campañas.

Un tercer objetivo era estructurar un grupo regional que permitiera a Estados Unidos y otros países donantes y amigos canalizar fondos en las débiles y tambaleantes economías de la zona. La Comunidad fue inaugurada apenas unas semanas antes del lanzamiento formal de la Iniciativa de la Cuenca del Caribe, con un discurso del presidente Reagan ante la Organización de Estados Americanos, en que se enfatizaba principalmente el desarrollo del sector privado. El éxito estaría asegurado, según las palabras de Reagan, por la "magia de ese mercado".

De esa manera la carta constitucional de la Comunidad Democrática se acomodaba fielmente a las intenciones de sus miembros de favorecer el desarrollo del sector privado en sus naciones. Era además una condición que excluía al régimen de Nicaragua por definición, ya que el ideario de los sandinistas es vivir en paz hasta donde sea posible con el sector privado mientras se logre canalizar los recursos que permitan construir el sector estatal de la economía.

La Comunidad excluía así implícitamente a Nicaragua. Y dejaba inicialmente también fuera a Guatemala, que no había sido invitada a participar. En ese momento, Guatemala estaba preparándose para celebrar elecciones en el mes de marzo, pero el clima de represión y violencia era tal, que muy pocos analistas dudaban de que la élite gobernante que rodeaba al presidente Lucas García podría "arreglar" las elecciones para asegurar la victoria de su propio candidato, el exministro de Defensa, general Aníbal Guevara. Los hechos confirmaron que los analistas tenían razón, pero la protesta de los partidos políticos y el electorado urbano de clase media fue violenta e impulsó un golpe contra la camarilla de Lucas García de parte de los oficiales reformistas del ejército, sólo dos semanas después de las elecciones. El acercamiento más profesional del nuevo régimen a la contrainsurgencia fue muy bien recibido sobre todo en los Estados Unidos, que había juzgado al régimen anterior como demasiado corrupto e irracionalmente violento como para servir a sus intereses con efectividad³.

El clima de terror en los centros urbanos se disolvió rápidamente, al menos en los sectores de clase media, mientras que los agradecidos dueños de restaurantes y los comerciantes de la industria de la diversión dieron nuevamente testimonio de la mayor seguridad que ofrecía la vida en la ciudad, y sus negocios renacieron. Pero la contrainsurgencia en las áreas rurales donde las guerrillas habían logrado algunas victorias se intensificó y las tácticas de terror, de aniquilación, masacres sangrientas de pobladores sospechosos de colaboración con la guerrilla eran cosa de cada día⁴.

Sin embargo, en los primeros momentos de entusiasmo frente a lo que aparentaba ser un régimen más aceptable, la Comunidad Democrática invitó a Guatemala a integrarse y el ministro de Relaciones Exteriores asistió en el mes de julio a una reunión del grupo en Honduras. Pero el excéntrico presidente Ríos Montt que encabezaba el gobierno guatemalteco, tenía ideas muy particulares acerca de la democracia y se tornó cada vez más evasivo y contradictorio cuando se le consultaba sobre los planes para la realización de nuevas elecciones. Los costarricenses, quienes habían tenido la mayor participación en la formación de la Comunidad empezaron a dudar sobre la conveniencia de incluir a los guatemaltecos.

Otra iniciativa que fracasa

Se empezó, entonces, a hablar de la posibilidad de otro grupo regional más amplio de naciones democráticas y amantes de la paz. La reunión efectuada en Costa Rica a comienzos de octubre vio el nacimiento de una nueva agrupación que se bautizó a sí misma como el "Foro por la Paz y la Democracia". Entre los representantes de las naciones que lo integraban se encontraban los ministros de Relaciones Exteriores de Honduras, El Salvador, Colombia, Jamaica, el primer ministro de Bélize y delegados de la República Dominicana y de Panamá, así como también el subsecretario de Estado para Asuntos Interamericanos de los Estados Unidos, Thomas O. Enders.

La presencia de Enders era una confirmación del interés activo y constante de los Estados Unidos por organizar un grupo regional que respondiera a las inquietudes e intereses de Estados Unidos y que sería útil para aislar a Nicaragua. Las embajadas de los Estados Unidos en América Central desempeñaron un papel clave en la creación de la Comunidad Democrática, aunque Estados Unidos evitó la participación directa en la organización. De la misma manera, Enders dio la bienvenida al nuevo "Foro", pero su gobierno no participaría sino como observador.

⁴ "Por lo menos 2.600 indígenas y campesinos fueron masacrados por las fuerzas de seguridad entre marzo y julio". Informe internacional de Amnesty sobre Guatemala. Londres 1982.

El nuevo grupo reúne a naciones que aún parecen preparadas para respetar los señalamientos de Estados Unidos en el área del Caribe. La "pérdida" mayor para Washington es Venezuela, que aunque fue invitada conjuntamente con México, no asistió a la reunión en Costa Rica. Su mejor "ganancia" fue Panamá, donde el presidente Royo fue excluido a mediados de año para ser reemplazado por el más condescendiente desde el punto de vista de Washington presidente Ricardo de la Espriella. El verdadero poder que se yergue tras él es el comandante de la Guardia nacional y simpatizante de los Estados Unidos, general Rubén Darío Paredes, quien goza de excelentes relaciones con el comandante del sur de los Estados Unidos, general Wallace Nutting, quien se encuentra instalado en Panamá. Los dos están de acuerdo en la necesidad de detener lo que ellos piensan son las ambiciones militares de Nicaragua. Y Paredes emplazó a los cubanos a aceptar una firme amonestación contra "interferencias" en los asuntos de la región. Los panameños señalaron a los cubanos que Estados Unidos podría rehusar la entrega del control total sobre el Canal de Panamá en el año 2000 si se producían conflictos serios en la región.

El cambio de la política exterior venezolana indica un fortalecimiento en el principio de no intervencionismo en la región, sustentado con mayor fuerza por México. En el mes de septiembre, los presidentes de México y Venezuela lanzaron una proclama de unidad concebida para aliviar las crecientes tensiones entre Honduras y Nicaragua. Ambos enviaron una carta al presidente Reagan y a los presidentes de Honduras y Nicaragua, en que expresaban su preocupación y se ofrecían para promover el diálogo entre los dos Estados centroamericanos, con el fin de encontrar el camino adecuado para mejorar las relaciones.

La posición mexicana-venezolana sobre este problema fue una situación ingrata para Washington. El Departamento de Estado acordó en privado no dar importancia a la posición coincidente de ambas naciones y en señalar que los venezolanos mantenían su fuerte crítica sobre Nicaragua. En efecto, la carta tenía un tono bastante más severo hacia los sandinistas que cualquier otra publicación hecha anteriormente por los mexicanos sobre conflictos armados en la región.

Aunque esta iniciativa no fuera exitosa en su intención de lograr un entendimiento entre Honduras y Nicaragua, tiene el mérito de representar un serio esfuerzo de México para lograr que sea la región la encargada de resolver sus propios problemas, sin depender para esto de los Estados Unidos. Tal como Washington, ha fracasado en sus intentos de convencer a las naciones de fuera del área regional a reforzar su posición. El plan acordado conjuntamente con Francia, con la intención de concretar en forma más amplia el reconocimiento a las fuerzas de oposición de El Salvador representadas por el Frente Democrático Revolucionario (FDR) y Frente Farabundo Martí para la Liberación Nacional (FMLN) fue repudiado por la mayoría de los gobiernos de América Latina y no logró ningún apoyo significativo en Europa. Venezuela desempeñó, por lo demás, un papel clave en la elaboración de la Declaración de Caracas, que rechazó de plano la iniciativa franco-mexicana.

La nueva propuesta de paz de México y Venezuela a diferencia de la presentada en febrero por López Portillo para mediar entre Washington y Managua no depende de una respuesta de los Estados Unidos, ya que fue dirigida también a los líderes comprometidos. En efecto, los presidentes de México y Venezuela enviaron un comunicado de cortesía a Washington dando a conocer su acuerdo pero también su intención de tomar el liderazgo si Washington no lo hace, con el objeto de prevenir una conflagración.

Una amenaza de guerra latente

Tal conflagración parece cada vez más probable, si no inevitable.

En forma reiterada, informaciones procedentes de Honduras alertaban en 1982 que se estaba preparando una invasión de Nicaragua para el mes de noviembre o diciembre, tan pronto como se efectuaran las elecciones en el Congreso de Estados Unidos. En verdad, algunos informes señalaban que la invasión podría ocurrir antes, en agosto. El comando del ejército de Honduras y el gobernador de facto del país, general Gustavo Alvarez, preparaba según estos informes, apoyado por sus consejeros argentinos, una intentona de golpe contra Puerto Cabezas en el Atlántico, justamente en el área conflictiva donde las fuerzas nicaragüenses mantienen una lucha de guerrilla contra los bandos somocistas. El pueblo hondureño ya está siendo preparado para tal conflicto con una campaña de prensa cada vez más violenta denunciando la "agresión" de los nicaragüenses. La campaña contra el gobierno sandinista coincidió con un aumento de la represión a grupos de izquierda y otras fuerzas de oposición en Honduras. Líderes gremiales y de la oposición empezaron entonces a "desaparecer" secuestrados por grupos armados no identificados. El ejército hondureño efectuó extensas operaciones en esa fecha (julio-agosto) en la zona limítrofe con Nicaragua, con oficiales y equipos de los Estados Unidos. El objetivo de las operaciones, según expresó un vocero de los Estados Unidos, era principalmente revisar el estado de las vías de comunicación. Hubo una serie de incidentes dos ataques aéreos sobre depósitos de petróleo en Nicaragua, por ejemplo justamente antes de la celebración del 19 de julio.

Los preparativos bélicos se suspendieron en forma abrupta en septiembre, cuando el exdirector de Inteligencia Militar, coronel Leonidas Torres Arias, denunció en la prensa mexicana a su excolega comandante Alvarez de hacer uso de las fuerzas asignadas al área para sus intereses personales. Señaló que Alvarez estaba conduciendo al país a una guerra que no se podría afrontar ni económica ni militarmente. Alvarez había desplazado al entonces poderoso Torres Arias a comienzos de 1982, cuando fue designado comandante del ejército. Pero se suponía que Torres Arias estaba poderosamente respaldado, posiblemente por la CIA, en ese sorpresivo giro de la suerte. Algunos observadores en Honduras señalaron la tensión creciente entre Alvarez y el staff de la embajada de Estados

Unidos en Honduras, que había manifestado su preocupación en el sentido que Alvarez pudiera arrastrar a una guerra con Nicaragua en un momento muy inoportuno. El efecto inmediato fue, sin embargo, la suspensión de los preparativos de guerra. Los tres comandos especiales para el área limítrofe que habían sido formados dos meses antes para cooperar aparentemente con los preparativos de guerra, fueron disueltos y la tensión decayó.

Sin embargo, la amenaza de guerra sigue latente para una fecha más conveniente y con una muy cuidadosamente simulada provocación de los nicaragüenses.

El juego de hostigamiento y provocación a Nicaragua a través de representantes de las fuerzas armadas es peligroso para Estados Unidos, ya que se le puede ir fácilmente de las manos. Generales con ambiciones políticas o simplemente de orden militar no pueden ser siempre manipulados por Washington, como muy bien pudo darse cuenta el presidente Reagan a comienzos del año pasado con el general Leopoldo Galtieri, de Argentina. Por el momento, sin embargo, la política de los Estados Unidos hacia América Central está dominada por el deseo de revertir la "pérdida" de Nicaragua, y borrar de ese modo derrotas y humillaciones del pasado. Como bien lo expresó un analista en Washington, "la administración Reagan está tratando de ganar la batalla de Vietnam en El Salvador y olvidarse de Bahía Cochinos en Nicaragua, además de prevenir nuevas 'pérdidas' en el Salvador y Nicaragua".

Referencias

- Anónimo, LA REPUBLICA-PRENSA. 06 - 1982; Nosotros no tenemos que vender el alma al diablo.
Anónimo, LATIN AMERICA REGIONAL REPORT. - Londres. 1982;
Anónimo, LATIN AMERICA WEEKLY REPORT. - Londres. 1982;
Anónimo, POR LO MENOS 2.600 INDIGENAS Y CAMPESINOS FUERON MASACRADOS POR LAS FUERZAS DE SEGURIDAD ENTRE MARZO Y JULIO. - Londres. 1982;